

EL SUEÑO IMPOSIBLE

LA TRAVESÍA DESPUÉS
DE LA TORMENTA*Una juventud de jetsetter en Nueva York, una tragedia fatal en Toscana y un sueño lleno de estilo que continúa en Miami*POR DEBORAH MELLEN
TESTIMONIO RECOGIDO POR MASSIMO AUDIELLO


Se puede decir que tuve una infancia normal y, en muchos aspectos, privilegiada. Mis padres nos procuraron a mí y a mi hermano una vida maravillosa en Nueva York, la cual transcurría entre hermosas propiedades, viajes a Europa y clases de baile y música. Durante la última etapa de mis años 20, conocí a un salvaje artista visual italiano llamado Raoul Calabro. Nos enamoramos y, después de unos pocos años, nos casamos. Vivimos en Nueva York por un tiempo dedicándonos por completo a la escena del arte en Downtown, sus inauguraciones y clubes nocturnos. Éramos una pareja muy joven y nos gustaba experimentar y vivir la vida al límite. Un buen día decidimos mudarnos a Toscana, Italia, de donde Raoul es originario. Llegamos a una maravillosa casa de campo en el poblado de Chianti, el cual se encuentra rodeado de suaves pendientes plagadas de viñedos. Raoul producía arte y yo me zambullía por completo en la cultura italiana, de la cual terminé perdidamente enamorada. Durante ese tiempo, descubrí que me encontraba lista para convertirme en una buena madre italiana y así criar a mis hijos bajo el sol de Toscana. Cuando has tenido una vida tan afortunada, es difícil creer que en cualquier momento una nube gris puede eclipsar tu vida y acabar con tu futuro. Un día nos encontrábamos conduciendo en la carretera rumbo a encontrarnos

con unos amigos fuera de la ciudad, cuando el chofer de un camión que se encontraba enfrente de nosotros se quedó dormido, causando una carambola. El accidente me mantuvo en coma por dos semanas. Cuando desperté, literalmente me encontraba hecha pedazos: mi cabeza había chocado contra el vidrio y me encontra-




ba fracturada por dentro y por fuera. Al principio ninguno de los dos conocíamos las consecuencias de mi accidente, los doctores se encontraban lidiando contra un problema a la vez, tratando de mantenerme con vida y, poco a poco, comenzando a reconstruir mi cuerpo. Pasé por una cantidad interminable de procedimientos quirúrgicos, pero al final tuve que enfrentar el hecho de que había perdido el uso de mis piernas. El cinturón me había salvado la vida, pero también me había fracturado la espina dorsal. Al poco tiempo mi esposo murió

de una trágica enfermedad degenerativa y de pronto me encontré sola en un país que no era el mío, parapléjica, viuda y en silla de ruedas. Mis dos padres son sobrevivientes del Holocausto, ambos pasaron los mejores años de su juventud tratando desesperadamente de sobrevivir en Auschwitz, uno de los campos de concentración más horribles y la máquina de muerte del tercer Reich. Crecer al lado de gente que había experimentado la pérdida de todo, la devastación, me bastó para saber que vivir es una tarea de todos los días y me preparó para las tareas más complicadas y difíciles que la vida me había reservado. Regresé a Estados Unidos con el sentimiento de que había perdido todo lo que amaba, y de alguna manera me enfrentaba a la pérdida total que mis padres sintieron en su juventud. Me dije a mí misma “si ellos sobrevivieron un campo de concentración, yo encontraré la fuerza interior para seguir adelante y vivir mi vida sin importar nada más”. Con la ayuda y el apoyo de mis amigos y familia comencé a rehacer mi vida en una silla de ruedas. La cantidad de ajustes necesarios era interminable. Tuve que aprender nuevamente a sentarme y cualquier tarea, por más simple que pareciera, tuvo que ser reorganizada alrededor de mi nueva condición. La mayor parte de mi rehabilitación se realizó en Miami, Florida, lugar donde encontré la pasión que me permitió seguir luchando por la vida.



Navegar le devolvió a Deborah la pasión por la vida.



En su visita a Reino Unido para conocer el Impossible Dream.

Mi terapeuta físico me puso en contacto con Harry Horgan, director de una organización llamada Shake a Leg, dedicada a llevar la experiencia de navegar en altamar a gente con impedimentos físicos. Experimentar esa maravilla, navegar, sentir el viento, la paz y el silencio, provocó que me enamorara del elemento agua, el cual me había ofrecido la libertad física que me habían arrebatado en la tierra. Encontré un nuevo estilo de libertad y una nueva manera de compartir mi tiempo. A pesar de toda esta nueva sensación, sentía que ésta era algo limitada, al igual que muchos de mis movimientos. Siempre he estado acostumbrada a un determinado estilo de vida y, en general, las opciones que la sociedad ofrece a la gente con discapacidades son muy pocas. A menudo, sentimos que nos tratan como gente que no merece acceso a la belleza y glamour. Sabía que tenía que haber algo más, así

que comencé una búsqueda que me mantenía viva y activa. Un día mi amiga Andrea Stella, una marinera parapléjica, me contó sobre la existencia de un catamarán de 18 metros en Reino Unido. “¡Es el Impossible Dream!” me dijo. Investigando descubrí que fue construido específicamente para personas en silla de ruedas. Volé hasta allá para ver el bote y me encontré con una espléndida nave, blanca como una gaviota, de forma superaerodinámica y con toda clase de elevadores y accesos para permi-

tirle a gente en silla de ruedas experimentar un control casi total de movimiento en un espacio de dimensiones enormes. Algo que nunca había visto, digno de un espíritu libre. Y fue así, con este impulsivo sentido de la vida, con esta constante búsqueda de la estética, que compré el bote inmediatamente y lo envié a Estados Unidos. Desde ese momento convertí a The Impossible Dream en el Possible Dream, el cual existe para todo tipo de gente con discapacidad física. La maravilla de esta experiencia me hizo convertir ese impulso en una organización no gubernamental dedicada no sólo a ofrecer esta experiencia de navegación, sino para utilizar el bote como una manera de conectarnos en el camino con todo tipo de líderes políticos con el fin de expandir la conciencia sobre las condiciones de vida que sufre la gente con discapacidades. Tal vez pase el resto de mi vida en una silla de ruedas, pero me siento viva, feliz y vibrante, a veces mucho más que la gente que está en perfecto estado físico. Descubrí que se trata de realmente apreciar lo que muchos dan por sentado. Es gracias a mis padres, y a su ejemplo de fortaleza, que me encuentro en el lugar que estoy hoy, con el impulso de compartir el mensaje y gritarle al mundo entero: “¡NO TE RINDAS!” ■

